



LA PIEL

del celuloide

Emmanuel Páez Pérez
Diseño de la Comunicación Gráfica

SON VARIOS LOS ASPECTOS que se toman en cuenta para hacer un largometraje: la dirección, el guión, la fotografía, el sonido y uno que catapultó particularmente a las personas que interpretan los personajes que ha imaginado: el escritor. Los actores seducen al público con la verosimilitud de sus actuaciones: la tragedia personificada por la muerte de Nina Sayers, la comedia enfundada en el genuino andar de Holly Golightly o el melodrama protagonizado por la cándida personalidad de Vivian Ward, por mencionar algunas. Amén de la huella indeleble que dejaron esos personajes gracias a sus estructuras narrativas, hay elementos que son legendarios.

Es imposible no acordarse del impecable vestido negro, confeccionado con tul y plumas, que hizo brillar a Nina en su gran noche; el *little black dress* de Holly, que era equiparable a las exquisitas piezas de *Tiffany* que tanto gustaba admirar; el escote de color carmín que transformó a Vivian en una princesa. El diseño de vestuario ha sido una pieza crucial en el desarrollo de una película, oficialmente desde 1948, cuando el equipo creativo de Lawrence Olivier recibió el *Academy Award* (Oscar) por *Hamlet*, largometraje que hoy día es una de las piedras angulares para entender el cine.

Black Swan, *Breakfast at Tiffany's* y *Pretty Woman* son excelentes ejemplos de la tragedia, la comedia y el melodrama respectivamente, pero también de lo efectivo que puede llegar a ser un diseño de vestuario: Julia Roberts se convirtió en la imagen de *Lancôme*, Natalie Portman en la cara de *Dior* y Audrey Hepburn simplemente es el icono de elegancia femenina por excelencia.

Como en todo proceso de diseño, el equipo creativo se sumerge en una tarea titánica y por demás exhaustiva: la realización de bocetos y el consecuente *match* entre éstos y los personajes.

La selección de telas, de cortes y de tendencias —más si se trata de una película contemporánea— tienen que ser vigilados con cautela. *The Devil Wears Prada* tiene ese *allure*, reforzado por el ambiente que fluye en las oficinas de un edificio donde se edita una revista de moda. Sería una falacia decir que se desconoce la meticulosa imagen de Miranda Priestly.

Han habido apuestas arriesgadas como la de Woody Allen y su poderosa *Annie Hall*, que inmortalizó a su protagonista Diane Keaton como la precursora del estilo *boyish*: una mujer que goza vestir camisas de manga larga con trajes de dos piezas y una corbata, aportando un atisbo de masculinidad.

Siguiendo esta línea, Marcello Mastroianni, el caballero preferido del maestro Fellini, estableció los estándares de cómo debía ser un hombre italiano: elegante y gallardo. *La dolce vita* es sólo uno de los testigos de las corbatas y moños inmortales que armonizaron su impoluta indumentaria.

Hay productores y directores que no dejan cabos sueltos y supervisan hasta el más mínimo detalle del diseño de imagen de los personajes. Estas intervenciones han sido grandes aciertos y todavía en este siglo esas prendas perduran como iconos, que bien podrían estar en un museo no sólo por las tendencias que marcaron, sino porque más que ser una prenda, se fusionaron con los personajes: formaron una misma piel. •



Diane Keaton en *Annie Hall* (1977)
Woody Allen



Meryl Streep en *The Devil Wears Prada* (2006)
David Frankel